

Seix Barral Biblioteca Breve



Adolfo Couve

Narrativa Completa



LA COPIA DE YESO

A mi padre

1.

El Rey ha tenido hoy una ardua sesión de gabinete. El señor Guizot, quien por lo general interviene en aquellas ocasiones, esta vez ostensiblemente no lo ha hecho, en parte por no comprometerse en tan delicado asunto y también porque en el fondo está herido con Su Majestad, y es dejándolo hablar solo, sin acudir en su auxilio, como este secretario de Estado se toma su secreta revancha.

Todos los ministros han notado la majadera artimaña de Guizot, el conde de S..., molesto por ello, ha salido en ayuda del Rey, pero su actitud comedida resultó peor todavía que lo que estaba ocurriendo, ya que el Rey, aliviado, lo ha dejado hablar y hablar, intervención absurda a la que nadie ha puesto atención. El gabinete seguía atentamente el duelo de miradas que sostenían Su Majestad y el ministro Guizot.

Éste ha sido, Leticia mía, el chisme que corre aquí en la legación chilena en París. El ministro Peñafiel, mi tío, se informa de estas cosas antes de que se impriman en *El Monitor*. Tiene amigos en la corte, y Luis Felipe de Orléans sabe perfectamente quién es Mauricio Peñafiel, y se muestra bien deferente con él en las recepciones oficiales en las Tullerías. No acontece lo mismo con los funcionarios de la embajada argentina o peruana, con las que nosotros, por lo demás, mantenemos excelentes contactos.

Desde que acompaño a mi tío Mauricio acá en París han sucedido enormidad de asuntos pintorescos y emocionantes. Como yo estoy de paso con los señores Peralta y el padre Bromo, no me va ni me viene este asunto de la diplomacia. Cualquiera día me embarcan de vuelta a Chile, y de nosotros no queda ninguna huella. Así es que me desenvuelvo con mucha soltura en esta maravillosa capital de Francia, y en este mundo de gente importante con la que estoy obligado, por mi misión, a tratar.

En cambio mi tío, como ministro plenipotenciario de la legación, está sujeto a todo tipo de estrecheces y convencionalismos. Para él resulta muy significativo que la duquesa de Orléans no le prolongue la conversación más de unos minutos en el Jardín de Invierno, o que uno de los hijos del Rey, los que confundo porque son cuatro y todos con uniforme, no lo tome del brazo en una comida en palacio y lo lleve a fumar en el salón lateral. Así se lo pasan en la legación, recibiendo billetes, invitaciones y toda suerte de compromisos, que en el fondo no son otra cosa que encuentros entre la bandada de la corte y la del cuerpo diplomático acreditado en París.

¡París! No creas, Leticia, vida mía, que te he olvidado; por el contrario, la enorme distancia me une más que nunca a ti, y como no tengo otra cosa tuya que el recuerdo, me aferro a él con más fuerza que si lo hiciera con tu persona; imagínate lo fiel que he de ser con tu sombra y el amor que he de brindarle a tan efímero reflejo, única huella para recuperarte toda entera y volverte a mis brazos. Es tarde, de noche, la bujía chisporrotea sin tregua, quiere también cerrar su ojo de fuego y dormirse como yo. Te recuerdo, beso, tomo contra mi pecho y amo.

2.

¡Leticia, Leticia, Leticia! Ya ves cómo la euforia en que me tiene este país me hace repetir tu adorado nombre hasta la saciedad. Sin embargo, debo confesarte que al decir Leticia, secretamente digo ¡París, París! ¿Sabes? Cada vez me agrada más esta bella ciudad: sus calles milenarias, las que corren paralelas al Sena, y las estrechas que se internan en los barrios marginales. Es primavera, esto lo percibes por la aglomeración de inmensas nubes blanquísimas, que permanecen horas sin que el viento las desfigure ni desplace. Ancladas sobre el vetusto edificio de las Tullerías o encima de los puentes que unen las arboladas orillas. El bulevar tan lleno de carruajes y algarabía. La catedral de Nôtre Dame, con sus torres trucas, y la pequeña iglesita de Saint Germaine de l'Auxerrois, carcomida por la pátina. El torreón medieval de la Conserjería, el que esta mañana me señalaban desde nuestra berlina las hijas del general Borgoño, que está, como yo, en misión privada ante el Ministerio de Asuntos Extranjeros.

Estas niñas son bulliciosas y algo impertinentes. Sin inquirir si yo estaba o no de acuerdo, me han tironeado de los faldones de la levi-

ta para encaramarme en aquella calesa a la *d'aumont* que conducía un joven postillón. Se hacían acompañar por una chaperona que resultaba más alocada que ellas. Es de este modo que me llevaron a conocer la ciudad. Aquí se estilan los recorridos ociosos, sobre todo los matinales. Al parecer, el estallido repentino de la primavera no sólo deshíela los techos, sino el corazón de los parisinos. Hay exuberantes puestos de flores en cada esquina, y han retirado definitivamente unos grandes braseros que, por la crudeza del invierno, se vieron obligados a encender en las calles. Por allí se ven esos artefactos, arrinconados ya sin objeto. (Luego continúo).

Vida mía, estoy poseído de tanta ansiedad que yo mismo me desconozco, y no sé cómo superar estos impulsos; contribuye a ello el continuo asedio de los muchos compatriotas nuestros que aquí viven. Ellos *toujours* están sedientos de programas, inventando actividades, esperanzados en relacionarse con gente de aquí. No siempre lo consiguen, y entonces recurren al recién llegado para cumplir con ellos sus frustrados planes. Lo que también me hace cavilar es lo que sucede con mi origen, puesto que llevando un apellido francés, soy tan forastero. Pienso que si mi pobre papacito viviera, estaría escribiéndome todos los días, enviándome a cuanta parte le era familiar. Él, que nació en París, qué no hubiera dado por tener la suerte de regresar a los lugares de la infancia. En cambio a mí no me sucede lo mismo. Me acodo en uno de los puentes y observando estas aguas que no sabe uno qué dirección toman, las encuentro ajenas. Leticia, es entonces que tengo tanta necesidad de estrecharte, de regresar a Santiago, ciudad que me parece una diminuta tajada de esta gran torta. Sus calles trazadas en damero, no conocen las diagonales, como éstas, que de pronto se angostan en una esquina, dejando una proa de vivienda.

Tengo nostalgia de nuestro ritmo tranquilo, aquel deambular monótono de vendedores y vecinos. El tenue resonar de las acequias y el tintinear de los álamos, que para esta fecha han de estar perdiendo su verdor. Nadie aquí espía tras las añosas rejas, como lo hacen las comadronas, envueltas en sus mantones, ni bajan la cabeza cuando tienden la mano. Aquí saludan impertinentes, erguido el rostro, desprovistos de remilgos, desterrado el pudor. Ni dice «mande» la servidumbre, habituada ésta a opinar frente a sus amos.

En el hotel en que me hospedo, en la calle Du Bac, hay una madama que no duerme de noche ni de día, siempre en el ejercicio de la vigilancia, experta en el asedio. Ávida en saber si vuelves solo o acom-

pañado, si vienes en forma o algo alegre, si descienes de un coche de alquiler o de uno con insignias y escudo; en fin, en estas casas altas con tanta gente viviendo encima y bajo tus pies, sin que ellos sean de tu parentela, uno echa de menos nuestras viviendas pesadas, que si no presentan tanto frente, es porque todo el interés lo tienen en el fondo, donde se dibujan los tres patios a los que convergen los cuartos. Añoro esa vida como en sombra y en silencio de nuestra ciudad cordillerana, sus escasos faroles, que más que iluminar la noche, la denuncian.

Anoche, sin ir más lejos, hubo en este hotel *des grandes Hommes* bastante jaleo. Al parecer un inquilino que no conoce las severas reglas de la *concierge*, madame Benoir, las trasgredió, echando en el retrete papel del grueso, porque la madama no dejaba de repetir: «Usted ha echado *de gros papier, de gros papier au gabinet*». Tengo unos vecinos en el mismo piso, que aparentemente pasan frío, ya que en medio de la noche se levantan y brincan por el entablado. También alguien cocina fetideces al fondo del pasillo. He estado tentado de acudir hasta su puerta y ponerla sobre aviso, pero esta mujer me desconcierta, puesto que en la misma palangana donde hierve esas coliflores hediondas, enjuaga su ropa, y cuando uno se llena de pensamientos funestos referentes a su miseria, la ve salir a la calle tan elegante y perfumada que cree haberse equivocado de vecina. Con qué distinción descende los peldaños ruinosos de la escala de servicio. Adivina, tal vez, que tengo en la punta de la lengua un justo reclamo, ya que para dejarme inactivo y mudo, cuando se larga a la calle, exclama mirándome con picardía: «¡Vive le Chili!».

No deja de conmoverme su astucia, o más bien la audacia de esta ciudadana que aparenta lo que no es ni tiene. Atraído estuve el domingo pasado de establecer conversación con ella, pero me arrepentí. ¿Sabes, Leticia, la razón? Es que cuando le dices a alguien que vienes de Chile, se imaginan tantas extravagancias que no hay paciencia para escucharlas. Están convencidos de que en Santiago tiembla a cada instante, que llueve caliente no sólo sobre nuestras modestas casas, sino encima del lomo duro de cientos de cocodrilos que deambulan por las calles. ¡No hay valor!

Mañana debo dar cuenta al ministro de lo que me han encomendado, tú sabes a que me refiero. «Hay tiempo, Francisco Chabry, hay tiempo», me ha dicho mi tío cuando le he querido hablar de lo que me tiene en Francia. A primera hora me presentaré en su gabinete, no será

ninguna sorpresa que le narre lo que sucedió esta mañana; imagino que las hijas del general Borgoño le habrán hablado de todos los por menores de nuestro recorrido y aventuras.

Te extraño, en tanto me acostumbro a esta constelación ajena, que a la vez llevo tan grabada en mi alma, por haber sido la que durante cientos de años rigió el destino y la vida de mis ancestros.

3.

Vida mía, lo primero en que me esmero al iniciar el día es en reconstruir tu amado rostro. Una vez en posesión de tus facciones, ya puedo el resto. Tengo la costumbre cada mañana, antes de acudir a la legación, de desayunar en un pequeño local ubicado frente al Teatro Francés, lugar últimamente, de tantas controversias artísticas. Ya sabes cómo son estos llamados «modernos», capitaneados por el señor Hugo, quienes se descuelgan de las localidades altas para desencadenar en la platea verdaderas guerras campales contra sus adversarios. Pero no es a esto a lo que quiero referirme; conoces cómo me dejan indiferente estas rencillas teatrales, sobre todo que son propugnadas por individuos incapaces de convertir esos ideales imaginarios en verídicos y tras cada cabecilla de camarín se esconde un líder malogrado.

Una vez que desayuno, escondo bajo el chaleco un buñuelo de manteca tan característico de la magnífica pastelería francesa, y en cuanto doy la vuelta a la esquina, saco mi rosca y con qué ganas me la devoro. Es ya una costumbre este modo de desayunar.

Cruzando la Plaza Real, inmediatamente del otro lado del Sena, se percibe el Palacio Borbón.

Ayer era una mañana límpida y sumamente fría. Daba la impresión de que habíamos retomado días del invierno. Desde el puente vi un pequeño grupo de curiosos que se aglomeraban junto a las escalinatas. Como la distancia es amplia, no supe de qué se trataba hasta que no estuve entre ellos. Qué sensación tan extraña la que se experimenta cuando integramos un rebaño anónimo, expectante ante personajes oficiales que están por llegar. El hecho de mezclarse entre los curiosos le hace a uno sentirse tan menoscabado, tan nadie, tan lejano del poder, tan impotente. Es posible dejar aquel montón de desconocidos y recobrar su propio papel alejándose de allí, pero la curiosidad puede más que la identidad perdida.

Un fuerte contingente armado nos impedía acercarnos al edificio, sólo tenían acceso a él una docena de funcionarios, la mayoría pares de Francia, vestidos con medias de seda, a la antigua usanza monárquica como la etiqueta del régimen obliga. Es lamentable ver tanto anciano vanidoso, temblándoles las deshechas pantorrillas, toda la casaca bordada, doblados de condecoraciones, mascullando frases que el ventarrón les arrebatara de la boca y las revuelve todas, como esas sopas de letras que en un tiempo estuvieron tan de moda. En eso llevábamos bastante tiempo, los viejos tiritando de frío sobre las gradas y nosotros tras los guardias, empinándonos para no perder detalle del espectáculo.

Pudo más mi dignidad y me retiré antes de la llegada del monarca. En cuanto me alejé, vi venir el cortejo. Describírtelo, Leticia, me fastidia. Nunca me han gustado las descripciones minuciosas hoy tan en boga. Te resumo: un carruaje de gala espléndido tirado por ocho caballos, con un sobresaliente cochero al pescante y atrás tres lacayos con la vistosa librea de los Orléans. La berlina era azul, con el escudo real incrustado en la portezuela. El rey Luis Felipe, sentado junto a sus cuatro hijos M. de... M. de... M. de... y M. de..., todos con uniformes relucientes, terciados con la banda real y la Legión de Honor. El monarca y su hijo mayor llevaban prendido al cuello el toisón de oro. El Rey ya no es joven, sus patillas grises le dan ese aire que quiere lograr el de un comerciante burgués, un dueño de casa, un padre de familia. Atrás, en coches cerrados, venían la Reina y las damas, pero a éstas sólo las divisé fugazmente en su silencioso recorrido. Yo ya estaba lejos del lugar, más allá de la plaza, deambulando por los jardines, quitándome los guantes y dando con mi aliento calor a mis dedos tan helados como un león de mármol con el que inicié una especie de coloquio. Tenía el aire divertido que le conferían un par de ojos de vidrio muy vivaces. Recorrí su lomo lleno de grietas, y abrazándome a su cuello, rompí a llorar desconsolado. A ti te lo cuento en secreto, lloré allí abrazado no comprendiendo esta vida. Reyes, distancias, gentío, miseria, vanidad, diferencias. Me sacó de mi ridícula postura una joven encantadora, que me alargó un cartucho de castañas confitadas, las que devoré delante del felino.

«¿Quiere una, don león?», le pregunté. Si supieras cómo le brillaban los ojos, estuve a punto de creer que abriría sus fauces de mármol para engullirlas. Tenían más vida esos ojos de vidrio que los de Luis Felipe, tan apagados, tan entrenados en mirar más allá de la injusticia y la miseria.

Inquieto, he estado temiendo pienses que el no haberte escrito se deba a ingratitud. Muy por el contrario, Leticia mía, cuando sepas la razón, la que ahora paso a revelarte, entenderás el distanciamiento de la última carta respecto de esta nueva.

Hace una semana me había propuesto presentarme ante la legación y dar a conocer el plan y los contratos que debo conseguir para el gobierno del presidente Bulnes. Tú sabes lo mucho que me estiman sus allegados, el señor Saldías, don Andrés, R. de Monvoisin y su ayudante. El lunes pasado lo destinaba para tales encargos. Con este objeto me recogí temprano la noche anterior, ordené mi ropa, relucían los botines de charol, en tanto el pantalón a cuadros lo mantuve largas horas estirado entre el colchón y los cobertores. Sobre el respaldo de una silla, impecable podías ver la levita encintada, cayendo a plomo sus faldones de corte un tanto anticuado. Aquí se usan más rabones y de género no tan pesado como los nuestros. Más de una manita curiosa ha palpado mi ropa con deleite, como si se tratara del animal mismo. Luego hacen un gesto como queriendo decir que allá todavía las cosas se llaman por su nombre. ¡Cómo me aparto del relato! Es que, Leticia, este modo de vida que llevan los franceses me impresiona. Todo lo sopesan: si te venden un trozo de queso y el corte sale favorecido, exclaman al envolvertelo: ¡Usted tiene de la *chance*! y eso quiere decir que has ganado, que no mereciéndolo, si crees que puedes disfrutarlo en secreto estás bien equivocado, porque ya lo sabe alguien más. Me acontece con los coches de alquiler, los billetes de teatro, las localidades de la ópera, en fin, en cualquier transacción en que estés a merced del que sirve, conduce o vende. Tan medido todo, y en medio de tanta suspicacia. Sólo la fuerte propina la aleja un tanto y te absuelve de la culpa, de tener hambre, ganas de presenciar un concierto o llegar pronto a alguna parte.

Qué diferente de nuestros puestos ambulantes, enclenques escarparates bajo movedizos toldos en la Plaza de Armas, cuando se derrama el mote con huesillos de los generosos vasos, y la casera siente hasta vergüenza de recibir algo por ello. ¿No te parece igual cosa al adquirir cintas o paños? Cómo se sobrepasa en centímetros la dependienta y la tijera no se resuelve nunca a separar el corte del resto de la pieza.

Ya ves como empiezo a quejarme de futelezas. Esto sucede cuando transcurre el tiempo, estas comparaciones y quejas no son otra cosa que añoranza velada, una encubierta manera de querer volver, no atre-

viéndose uno a formular este deseo, aduciendo que ante la estrechez, todo es más holgado en el lugar de origen.

Voy a interrumpir aquí el escrito. Debo presentarme de inmediato en casa de cierto conocido. A la vuelta continúo con el anuncio del inicio. Total, sólo soy yo quien compondrá esta carta en dos tiempos, tú en cambio, la tendrás sin intermedios.

5.

Aún no había saltado de la cama la mañana de ese lunes, cuando unos golpes atroces en la puerta me hicieron sacar a tirones los pantalones de abajo de los colchones y abrir. Allí estaba la señora Benoir, con cara de acontecida:

— A usted le buscan dos mujeres abajo, no han querido descender del carruaje, y me han entregado este billete.

Sin interrupción recitó este recado, para dejarme aturdido, en posesión de la perfumada esquila en papel de seda. En ella había sólo dos nombres: Herminia y Adela. Todo esto te lo traduzco, incluso el nombre de estas buenas mujeres, que ni se escriben ni pronuncian así.

Bajé desconcertado de a dos escalones, remeciendo toda la caja de la escalera, y me precipité a la puerta del zaguán. En efecto, allí dentro de un fiacre de alquiler que enmarcaba el arco del portón, me aguardaban estas señoras. En cuanto me asomé a la portezuela, ésta se abrió y cuatro manos ansiosas como intentando raptarme me asieron fuerte por las mangas.

— *¡Le cousin d'Amérique! ¡Le cousin d'Amérique!* — y la frase se repetía sin ninguna variación ni intervalo.

Te juro, Leticia de mi alma, que jamás se me hubiera pasado por la mente que mis dos tías Chabry, las hermanas mayores de mi padre, se hubieran tomado la molestia de conseguir mi dirección y acudir hasta ésta tan de madrugada, para conocerme y hacerse presentes. Qué otra cosa me quedaba sino encaramarme entre este par de ancianas y dejarme conducir donde les dictara su enorme corazón y buenas intenciones. Imagínate qué podía pretextar yo, que siempre me he sentido en deuda con mi pobre padre. ¿No era ésta una ocasión privilegiada para agradecerle y hacerme perdonar, si no todas, al menos algunas de mis ingratitudes?

Como mis tías son recatadas y enseñadas a la antigua, no encontraron nada mejor que bajar las persianas, y así me hallé absolutamente a oscuras, ignorante de la dirección que seguía el vehículo. Sólo atiné a mirar por el vidrio oval de la cara posterior, y vi empequeñecerse cada vez más la figura alarmada de la *concierge*.

El ruido de los cascos y las ruedas sobre el adoquinado se sumaban a las preguntas que al unísono me hacían las dos tías paternas. Ojalá fuese sólo eso, había más. No contentas con asediarme con interrogatorios, me tocaban y pellizcaban el rostro, imaginándose tal vez rescatar gestos y expresiones de su difunto hermano en los míos. Verdad es que ambos nos parecíamos mucho, aun cuando mi padre, como sabes, era rubio y yo, en cambio, tomé el color de mi madre (los Peñafiel son morenos).

En fin, es largo narrarte este encuentro y sus consecuencias. Resumiéndote, al cabo de un cuarto de hora estábamos en un barrio de los suburbios, trepándonos esta vez en un viejo cabriolé de campo, tirado por un mulo.

Quiero dejarte con las ganas de conocer el resto de esta insólita aventura, y para ello suspendo aquí mi carta y la envío sin demora.

¿Sabes, amor? Más que transmitirte historias, necesito recibas cuanto antes este papel, sobre el que se ha deslizado mi mano, tarea que reclama otra acción más directa, más silenciosa, más efectiva, cual es tenerte contra mi corazón, entre mis brazos. Aquí va esta hoja, que significa ese deseo. Te amo.

6.

¡Qué contento y tranquilo estoy al saber que ya tienes mi última carta contigo! Prometo no volver a dejar intervalos tan prolongados en nuestra correspondencia. Es aconsejable responder en cuanto reciba una de las tuyas. Pero las releo tantas veces e interpreto de tan variadas maneras, que aunque me propusiera tomar la pluma en el momento de leer tu última frase, me sería imposible, amor; tu última frase es para mí la primera, ya que al llegar al pie de la misiva, levanto la vista y rehago el camino mil veces de nuevo.

En ocasiones casi me las aprendo de memoria, es entonces que intento que todo eso me lo digas con tu propia voz, y muchas veces logro este deseo, y en vez de poner los ojos sobre los renglones, los cierro, y son mis oídos, los que reciben tus palabras.

Habrás notado el cariz nervioso que de continuo toma mi discurso, el atolondramiento de las imágenes y las frases, siempre el redactar ha tenido que vérselas con mi vehemencia, y es que no respeto los tiempos ni las pausas, adelantándome en llegar al final, sin transitar despacio el «entremedio». Más, ahora, criatura adorada, estoy obligado a frenar esta deformación, ya que el cabriolé tirado por el mulo hizo aquel camino tan relajado como debieran ser estos párrafos.

Al comienzo no entendía nada de nada, instalado en ese vetusto carro, conducido por un campesino que me ignoró todo el trayecto, apuntalado por ese par de viejecitas encantadoras, que no cesaban de parlotear e indagar a cada instante. Lo único que ambas hermanas tienen de parecido es el atuendo, aquel riguroso luto que descansa un tanto en las pecheras blancas, plisadas, tan duras de almidón como petos de la guardia. Llevan también lo que es común en la provincia: cofias llenas de pinzas y alfileres. La verdad es que más parecen monjas que ciudadanas, y eso que ambas están casadas y llenas de hijos.

Tía Herminia es más severa, más corpulenta, más alta. Su voz, por ende, es de contralto; sus ademanes, si bien espontáneos, un tanto bruscos. Se suma a este desajuste una risa imprevista que desconcierta no sólo porque no se la espera en ese instante, sino porque proviene de una boca casi sin labios, coronada por un bigotillo que supera a la mera sombra, y unos dientes largos y amarillos que dan «cuco».

La otra es la antítesis, ya te la imaginas, toda redondez y ruedo, alambre bajo las faldas y gran frontis sobre la cintura. (No me censures, Leticia, ya sé que volverás a decirme que sea menos liviano en mis apreciaciones, porque ellas siempre transitan antes de llegar a tus manos por las de tu venerado padre; de él jamás ha venido el reproche. ¿No crees que es cosa tuya y que a tu progenitor le agrada en el fondo tener un futuro yerno alegre?).

Bien. Tía Adela, obligada en realidad por su volumen, debió sentarse frente a nosotros dos, sospecho no le hacíamos el peso. El mulo al parecer lo adivinaba, ya que era la oreja de ese lado la que constantemente plegaba contra el cuello.

Como toda explicación me adelantaron que nos dirigíamos a Saint' Ange le Vieux, que queda como a una hora de París, en pleno campo. El camino resultaba un tanto árido, el río se nos había ido alejando, y sólo enfrentábamos unos campos cansados, llenos de arbustos castigados duramente por las heladas y la nieve. Allí estaban de pie, huecas esas varas, aguardando los brotes que recién comenzaban a re-

emplazarlas. Cuando divisamos el pueblito de Saint' Ange, el sol ya había caído a ras del horizonte, y grande, insípido y descolorido doraba todos esos barriales y aquel ramaje sin futuro.

Saint' Ange es un caserío enteramente de piedra, se ingresa a él por un arco antiguo, lleno de inscripciones de los siglos del medioevo. Inmediatamente cruzamos un puente, también con arcos, bien perfectos, como hechos a compás. Lo impresionante es que el pequeño estero es tan quedo que la redondez de los arcos se junta matemáticamente con los reflejados en el agua; tan limpia y diáfana es allí la atmósfera que aire y líquido casi se confunden.

Los campos están cuadrículados con la meticulosidad de un trabajo a crochet o palillos. Parecen cosa de bastidor. Verdes rectángulos que sólo pierden su color para dejar serpentear un camino de grava. La iglesia posee un campanario más bien chato, pero se ennoblece con la leyenda. Dentro, me explicaron, guarda una antigua campana de la guerra de los cien años.

La *mairie*, o sea la alcaldía, está retirada de las casas, frente a unos galpones, muestra una hermosa escalinata de piedra, y casi siempre el señor Cadenol, el alcalde, está posando sobre sus peldaños. Un alto reloj deposita en el terraplén de enfrente su sombra, y marca con mucha más precisión las horas esa mancha movediza que los flojos punteros de la esfera, que por lo general caminan a trastabillones.

Mis parientes tienen una casa muy semejante a las otras, apoyada más que pareada con la del vecino. En algunas vemos que ha sido necesario apuntalarlas con una estaca, que va desde las ventanas superiores hasta la calle. Sin mucho esfuerzo, uno asocia aquello con narices.

Estas casas poseen jardincillo adelante y atrás; el anterior es bastante menguado, siendo el posterior el lugar de reunión de las familias. Como están circundados de altos muros, pueden gritar y desenvolverse con más libertad. Para no fatigarte con todo este inventario, debo agregar lo único que resta: el cementerio. No lejos de la ciudad, junto al caminillo, se ven unas cuantas cruces de hierro, y lozas con sus inscripciones. Es la costumbre colocar sobre estos crucifijos cascos militares, de quienes batiéndose encontraron la muerte. Los hay de todos los períodos, tan variados y de corta duración, que ha tenido la Francia en lo que va de este siglo. Los que más impresionan son los napoleónicos, los de la restauración a mí poco me dicen, pero esto debo guardarlo en secreto, ya que mi familia es ante todo monárqui-

ca, y los que no murieron en el exilio, lo han hecho últimamente en el asunto de Argel.

Es adoración la que el esposo de tía Herminia profesaba por Carlos X. Si supieras cómo me han narrado el viaje que emprendieron a Reims para su coronación. La caída del último Borbón ha sido para ellos el fin, a Luis Felipe lo encuentran, tanto por el pasado de su padre, como por sus postulados actuales, una persona vulgar. ¿Te imaginas lo que pensarían si les dijera la secreta admiración que siento por el emperador? Yo creo, habrían enganchado a la vieja berlina uno de los gansos que deambulan por la cuadra, para enviarme volando de vuelta a mi cuarto de la calle Du Bac.

Ya te hablaré del almuerzo con mis tías y tío, primas y primos. Es una situación muy tensa, ya que cuando ellos callan, yo pregunto sobre mis ancestros, y al callar yo, ellos indagan sobre Chile. Cuánto les interesa nuestra vida, las costumbres, apenas se imaginan nuestra realidad. ¿Sabes, Leticia adorada? Lo que me tiene bien triste y desolado es la total indiferencia que muestran respecto de mi madre. Les he mostrado el dije en que guardo su retrato, pero he sentido que lo miraban sólo por compromiso. Demuestran más interés por la altura de la cordillera o la duración de la travesía en la goleta que por la mujer que me dio la vida. «La mujer no cuenta», me explicó uno de mis primos a quien he confidenciado estas cosas, y como para subrayar el asunto agregó: «Tú eres uno de los nuestros». Lo que no es así... esa actitud me obliga a portarme reticente, así, de allí en adelante no hice otra cosa que aguardar con ansias que transcurriera esa noche para retomar a París. Sin embargo, no habría de ser tan sencillo dejar a la familia de mi padre. Se sucederían tres largos días antes de lograrlo, jornadas en las que hasta la sombra de la torre del reloj se comportó perezosa e ineficaz, emulando a los oxidados punteros de la esfera.

7.

De todas las recepciones que me brindaron, sólo una fue con invitados de fuera; las otras en realidad se redujeron a sencillas comidas en familia. Ellos acostumbra a merendar en la cocina, en verdad es el lugar más acogedor de la casa, puesto que como no tienen comedor ese recinto hace las veces de ambas cosas. Queda a un costado del primer piso, bastante hundido respecto al nivel de la calle. Una mesa poderosa

sa enfrenta el fogón. Por todas partes alacenas y canastos grandes, recipientes de loza y pequeñas repisas y consolas donde se expone la vajilla y utensilios del hogar. Aquél, siempre encendido, acoge sobre las llamas una marmita de hierro que cuelga de una cadena. Todo esto muy tiznado.

Esta enorme chimenea tiene gradas, y así las teteras y jarros de cobre hierven por el sólo hecho de estar arrimadas a las llamas. Mas no creas que todos los alimentos vienen del calor; la mayoría está cuidadosamente guardada en los placards o aparadores con puertas hermosamente decoradas con flores y animales. De allí sacan las budineras y cortan las tartas que reparten sobre los platos de barro.

En cuanto nos sentamos a la mesa, la noche de la comida más formal, ya que había invitados del pueblo, se repartió el vino, pero no te imagines que éste se escancia hasta los bordes como acostumbramos nosotros cuando lo hacemos con la sidra o la chicha dulce en nuestras ramadas; acá sólo se unta con el mosto el fondo de los jarros, y luego se degusta largamente. La verdad es que estos vinos se merecen ese trato, ya que son muy pastosos y aromáticos. Yo desde luego, ignorando esta reverencia, llené la jarra hasta casi derramarla y tuve todas las miradas escandalizadas encima. Tampoco conocen nuestra cazuela, tan única y sabrosa. Cuán admirada estaba tía Herminia al saber que se trata de un caldo hirviendo donde flotan desde el choclo hasta las papas, con el zapallo y el trozo de carne. ¡Cómo añoro todo eso, y la mistela y los pajaritos!

Acá todo es amasijo y salsas, comen cada cosa por separado y tienen verdadera devoción por el pan, pero sobre todo por el queso, que lo rebanan después que han cenado y lo reparten de postre. Yo les explicaba a todos ellos nuestras costumbres, en tanto ese grupo de provincianos me daban a probar de lo suyo. No me acostumbro a merendar tan a puertas cerradas, qué afán de poner la tranca, parece que a propósito quisieran cazar los fuertes olores que exhalan, bastante... no diré hediondos — porque es término irreverente —, pero al parecer aquí son enemigos del lavabo. Y el hecho de reparar aquella negligencia por medio de perfumes, acentúa aún más lo irrespirable de la atmósfera, sobre todo allí, sentados cada cual saboreando guisos y quesos guardados de bastante tiempo. Eso sí que todo es realizado con gran estilo, y las damas, incluso las muchachas, son un ejemplo de primor y donaire en los modales. Nunca vi tanta cortesía y respeto por la mesa, toda una etiqueta que nadie transgrede, lo que prolonga mucho esas sesiones culinarias.

Esta vez lucían mis dos tías como reinas, elegantes, de gris oscuro, con sus hermosos lazos tiesos de goma, rodeando unas pecheras con camafeo grande y antiguo. Mi tío Phillipe, el esposo de Adela, no te olvides que Herminia es viuda, con su levita de solapas de terciopelo fucsia, chaleco bordado y la cadena dando todas las vueltas posibles sobre su pequeño vientre. Dicen las malas lenguas que tiene dos señoras, la propia y la cuñada, que vive en la casa. Malediccencias del vecindario.

Entre ambas han engendrado casi una docena de primos, hembras y varones, todos mayores que yo, sólo Arlette es menor. Una niña encantadora, un tanto colorina, llena de pecas y que no me quita sus claros y tiernos ojos de encima. Se me sienta en todas las reuniones enfrente, y es tanta su cortedad de genio, que se limita a buscar mi mirada para encontrarla y enrojecer hasta las orejas. ¡Qué bella y tierna es Arlette!, jamás ha usado zapatos en toda su vida, calza zuecos, y es quien se encarga del par de vacas y el buey de la cuadra. Al parecer ha oído sobre América, le apasionan las narraciones de viajes y las láminas de territorios exóticos, que hoy cuelgan por todos lados. Tentada está de preguntarme de mi tierra, pero no se atreve, así es que espera, como quien lo hace ante la rueda de la lotería. Es cuestión de paciencia, cada cierto tiempo le toca el número de su tema. Culpa de su timidez, que en su caso es de cuidado.

Pero más curiosos que mis parientes me resultan los vecinos, el señor alcalde y madame Cadenol, su mujer. Estos últimos se dan ínfulas de figuración, de continuo hablan con propiedad de la corte, son de confianza del Rey, pero lo han sido antes del imperio. La cuestión es que se las arreglan para disimular su pasado, amedrentando sutilmente a los lugareños, de quienes en el fondo dependen.

Había a la mesa una fulana vieja, escualida, y otra persona, las que se sentaron más a la punta. No tanto me divierte cada cual en su papel y vestimenta estrafalaria, sino la manera en que debe tolerarse gente que se conoce tanto cuando están ante un afuerino como el que te escribe. Muchas veces alguno de ellos coge la palabra e interviene con un cuento bien sabido por los allí presentes; sin embargo, como está destinado a los oídos del recién llegado, los demás han de hacerse los desentendidos y hasta celebrar la «trillada» intervención ajena.

Yo estaba cansado y no hallaba forma de conducir la atención hacia otro punto que no fuera mi persona, todo convergía sobre mi presencia, y este peritaje, digno de un joyero, duró tres largas jornadas.

No todo, mi Leticia, fue miel sobre hojuelas. Hubo discusiones largas y enconadas. Has de saber que por muy borbónica que sea mi paren-

tela, es una familia de fuerte raigambre calvinista, los que aquí se llaman hugonotes. Y son muy proclives al culto, y severos en un montón de reglas, así es que cuando averiguaron que los Peñafiel obligaron a mi padre a casarse por la Iglesia Católica con mi madre, comprometiéndolo a bautizarse y a educarme a mí en ese credo, se abrió un áspero debate en el que me conminaban a acudir a una capillita que se levanta en las afueras del pueblo, allí permanecer en penitencia, abjurando de la fe católica para retomar a la que sin justificación abandonó mi progenitor.

Sabes, Leticia, que cuando me hablaron de esos papas del Renacimiento, según ellos malos y mundanos, no supe qué argumento oponer; sólo recordé que el maestro Monvoisin los adoraba, ya que nos enseñó que a esos pontífices un tanto ligeros se debían las obras más grandes del arte.

Menos mal que los provincianos se recogen temprano y son tan aficionados a los juegos de sobremesa, con fichas y algo de dinero. De no tener yo la experiencia que poseo en el juego del *besigue* y las cartas habría terminado bautizado de nuevo. Pero de estas discusiones antipáticas pasamos otra vez a la tabla de queso, y de allí nos sentamos en unas cuantas mesas con tapete, donde me lucí por mi buena disposición a los números, a los trucos, y por qué no confesártelo a ti, que serás la compañera inseparable de mis días, un poquitín a la trampa inocente. Qué cuesta calcular las cifras ajenas que completan las tuyas, o mirar de reojo cuando el señor alcalde se abanica con la baraja. Es preferible perder unos luises, en todo caso, que la respiración, porque te prometo que allí el aire es de cortarlo con el trinche con que tía Herminia troza el pavo, o las tijeras que Arlette utiliza para formar los *bouquets* de rosas.

Son gente buena, viven desde la alcaldía al cementerio, del establo a la mesa. A mi padre, más inquieto, le fue posible al menos confrontar ese mundo al otro, al amplio, al despoblado, saliendo de aquel encierro, olor a muchas cosas, pudo respirar a pulmón pleno del Pacífico a los Andes, y yo desde todas esas corrientes soberanas vine a la encerrona con la tranca y las tías.

8.

¡Amor!, y me veo en la necesidad de reemplazar con esta palabra divina tu nombre, pues no sabes, Leticia, cuánto de él necesito en estos últimos días.

Todo ha sido reproches y odio por aquí. En primer lugar, no bien hube regresado de Saint'Ange me aguardaba la *concierge*, madame Benoir, manos en jarra.

¡Desvergonzado, me ha llamado, fugarse así no con una, sino un par de damas! En vano he tratado de justificarme. Al parecer, mis tías, turbadas por su intromisión sólo sacaron la mano de la berlina y le alargaron la esquila, evitando ser vistas. Me imagino la escena, un coche de alquiler, una manita con mitones y una misiva perfumada, remitida a través de la gobernanta a un joven de veintidós años. ¡La novela completa! Tú te has librado – gracias a la custodia de tu padre – de leer las novelas que están de moda. Todas narran esos amores desiguales entre mujeres mayores y jóvenes que podrían ser sus hijos. Imagínate, de esas madamas yo tenía duplicado.

Al menos esta censura, si bien es injusta no es irreversible, madame Benoir sabe bien a que me refiero, no es trigo limpio la tal señora. En más de una ocasión, al regresar del teatro, o de alguna tertulia, la he encontrado con los ojillos bien desviados de su centro, alegre sin mayor motivo, y tratando de hacerme creer que ordenaba una estantería que tiene en ese sucucho desde donde nos vigila. No necesito hurguetear el lomo de esos libracos que allí encierra para saber que camuflan en el espacio que media hasta el fondo, la menta o el fuerte.

Leticia, mi vida, fue en la legación en donde hube de recibir la descarga más nutrida. Ya sabes cómo es mi tío Mauricio, lo afectado y severo que actúa. A todos estos señores, con puestos de representación, les impresiona vivamente el «modo Guizot», aquella especie de funcionario de las pompas fúnebres, que transita los salones y la calle de negro riguroso, lleno de remilgos y autocrítica, y que se ha convertido en el modelo de los hombres públicos de este período.

Mi tío, al verme – yo ya sabía que se encontraba en su despacho, lo señalaba el perfume que había por todo el recibo, la escala y la salita de espera –, me llamó simplemente «Chabry», imagínate Leticia que un primo hermano de tu madre te nomine así. Y luego me gritó de manera estridente, haciéndome ver mi falta de «consideración para con mis mayores»; en fin, creo que durante mi ausencia el ordenanza de la legación aguardó junto a la puerta de la calle Du Bac dos días enteros.

Cuando terminó de monologar en tan alterado estilo, tímidamente me excusé y narré con la voz entrecortada mi salida de París. Difícil me fue contener las lágrimas, todo el tiempo venía a mi memoria el par de viejas insistentes, que sin decir agua va, me había alejado de mi direc-

ción. Como relámpagos se presentaban a mi recuerdo imágenes de esas comidas, verdaderas encerronas asfixiantes de queso y parentela, los gansos con el alcalde, las aves con la viuda, las vacas a centímetros de la mesa. ¡*Le cousin d'Amérique!*, esa fue la frase que me hizo perder el rumbo,

Para mi sorpresa, en tanto explicaba a Peñafiel estas desventuras vi que paulatinamente pasaba de la ira a la sorna. Y a medida de mis aclaraciones, fue tentándose de risa, terminando la escena con los papeles cambiados: él en culpa y yo bastante molesto.

De todos modos era preferible esta vuelta de manos; sin embargo, esto sucedió sólo con mi tío Mauricio, ya que al querer repetir la pieza ante el general Borgoño, me encontré con que su falta de humor nunca lo haría posible. Es más, cometí ante este general, tan amigo del ministro Irrarrázaval, una torpeza que empeoró las cosas. Me había dicho mi madre que a este funcionario le agradaba de sobremanera el «charqui». Así es que metí en mi valija un paquete considerable de esta carne, que navegó conmigo. Como no había encontrado aún la ocasión de obsequiárselo, pensé que era llegado el momento, y puse sobre el escritorio del general tan apetecido causeo.

—¿Qué es esto? me preguntó.

—Charqui, mi señor —expliqué—, sé lo mucho que a usted le gusta, así es que me he tomado la libertad de traérselo.

—¿Charqui? Cómo te atreves —exclamó—. ¡En la Legación chilena en París, un paquete de algo tan indecente!

Leticia, creí que el piso me fallaba, otra vez mi mala estrella: «¿Qué no sabes que estamos en la capital del mundo?» repetía sin cesar. Lo curioso, es que en tanto vociferaba, sus dedos enguantados no dejaban de palpar el paquete, y no precisamente con disgusto, sino como reconociendo el tamaño.

Atravesé nuevamente el vestíbulo en dirección a la puerta, muy desconcertado. Allí estaba el perfume rondando ese espacio, nunca de allí se evade, menos aún de la esclavina del gabán de mi tío, lugar en donde es resucitado a diario.

9.

Esa mañana, Leticia, rehusé volver al hotel y quise deambular por las calles, olvidarme de tanto malentendido, recuperar mi situa-

ción, puesto que a punta de no coincidir con nada ni nadie, estaba en peligro de perder mi propia identidad, frágil, lo reconozco, pero que tiene un destino, un recorrido que realizar, y el autor de esa tarea, ese soy yo.

Así es que me encaminé sin mucha convicción hacia la Plaza de la Concordia. Atravesé su árida explanada, descendí por el muelle de las Tullerías, y una vez en el Pabellón de Flora, entré por el arco, doblé a la izquierda, e iba a comenzar a trepar los escalones, cuando una voz vigorosa me llamó por mi nombre. La reconocí de inmediato, era mi tío Mauricio, quien preocupado por mis desventuras, habíame seguido a corta distancia, previendo mi estado de ánimo, miedoso que en mi turbación cometiera yo alguna locura.

Fue como si me volviera el alma al cuerpo. No puedo ocultarte a ti, a quien todo transmito, la enorme emoción que me embargó, y la manera tierna y efusiva con que nos estrechamos.

—Yo no pertenezco a ninguna parte —fue lo que escapó de mi pecho sin pensarlo siquiera. Frase que hizo sonreír al viejo diplomático, que cogiéndome por los hombros, me obligó a deshacer todo el camino, explicándome el craso error en que me debatía. Así me acompañó a casa, y aprovechó para entregarme un elegante billete para una velada de ópera que tendría lugar en el antiguo teatro de las Tullerías.

Imagínate, Leticia, acudirá el Rey en persona y toda la familia real, amén de nobles, pares de Francia, la alta burguesía... Menos mal que tengo el frac en forma, el chaleco, la corbata y los zapatos adecuados. Sólo me faltan los gemelos, los que mi tío me hará llegar mañana. Esto me tiene nervioso, quiero demostrar ante el general Borgoño y los demás compatriotas que yo también represento a mi patria con esmero.

Piensa el tiempo que no me reúno con el padre Bromo ni con el señor Peralta, amigos personales de don Andrés, y el grupo de los argentinos notables que residen en Chile.

Es a Borgoño a quien más temo, figúrate, Leticia, que cuando se refiere al señor presidente de la República, no dice don Manuel Bulnes, sino simplemente «su excelencia, el mariscal de Ancash». Al comienzo, yo me confundía, creyendo se trataba de algún ministro o alto dignatario extranjero.

En fin, esta post-data la agrego a mi carta patética y algo delirante, para tranquilizarte y hacerte ver que las cosas tienen dos caras. Estoy contento y repuesto, la comedida actitud de mi tío me ha reconfor-

tado, y hasta he creído ver en la expresión de madame Benoir cierta bonhomía.

Navegaré hacia ti, entre los pliegues de esta misiva. Pocas veces te he extrañado tanto como en esta primavera. Este hemisferio renace, en tanto en el que tú permaneces se marchita, dos panoramas opuestos que por mi historia... en fin, divago, estoy excitado, nervioso, y a la vez insomne, intentaré el sueño, aunque tengo la visita de una luna gigantesca pegada a los vidrios de la mansarda. Te amo.

10.

Leticia, vida mía, nunca había estado yo en el interior de las Tullerías, ni menos representando a mi patria. No encuentro términos con que transmitirte estos hechos. Imagínate que partimos en un coche lindísimo, que el gobierno tiene a disposición de la casa diplomática. En él iban todos cuantos te he presentado en estas cartas. La verdad es que yo a ellos no les prestaba mayor atención, impaciente por encontrarme en la función de gala. Era una tarde fría y nebulosa, que a cortos intervalos dejaba caer la lluvia sobre el techo de lona.

Resultó bien emocionante ver los más diversos carruajes, unos tras otros avanzando lentamente en el solemne patio de piedra y adoquines. Una especie de ujier vestido a la antigua usanza, ubicaba el coche que correspondía ante la imponente puerta de acceso al palacio. Como se trataba de una velada en el teatro, fuimos conducidos por distintos salones, cada cual más fastuoso y espléndido hasta el recinto indicado. Se trata de una sala no tan grande como lo imaginé, que aún no ha sido remodelada, conservándose allí la reciente apariencia de la moda del imperio. Todos los palcos están sujetos por cisnes dorados, de plumaje reluciente, trenzas de laureles, coronas de lo mismo e iniciales del emperador en todas las columnas que sostienen los pisos superiores. Su color es algo tétrico, y la profusión de luces no logra quitar esa antigua pátina, que distrae del asunto que acontece en el escenario, para conducir la imaginación, al menos la mía, a la epopeya más sorprendente que ha conocido el mundo desde los tiempos de Alejandro y César.

Nuestro palco estaba ubicado encima del tablado, y ni siquiera así pude concentrarme en aquella ópera de Donizetti, hoy tan de moda. Lo que me acontece, Leticia, es que entre toda esa nobleza seria, atenta

y legítima, se han presentado antiguos combatientes de tiempos napoleónicos. Mariscales de campo, con sus casacas levantadas en el cuello, recamadas enteramente de oro oxidado, llenas de visos, lustrosas por el uso. Sobrevivientes de Austerlitz y Wagram; mi tío que los conoce a todos, me soplabá sus conspicuos nombres: el conde de... el señor duque de... Yo sólo veía sus entorchados, la vieja banda deshecha de la Legión de Honor, el sombrero empenachado, aquel manojó de plumas blancas, que antes sólo había apreciado en las malas copias a sanguina de la Coronación de David.

El Rey se ha asomado puntual a su palco. Es la segunda vez que lo veo, ya me es familiar. Vestía de frac, y se mostraba muy atento con madame Adelaida, la reina, que tiene un aire inquieto y estaba todo el tiempo volviendo la cabeza para dirigirse a alguna de las princesas, esposas de sus cuatro hijos, que impecables en sus trajes ocupaban diferentes apartados.

Mi tío ha hecho mucho hincapié en que observe a M. Thiers que es un tribuno insigne que se presentó con corbata negra, produciendo gran revuelo en la sala. Al parecer, representa a la oposición en la Cámara, y es persona conflictiva. Al señalarlo, yo he cometido el descuido de hacerlo con el dedo, falta que ha pasado inadvertida, ya que con gran disimulo y energía me han corregido.

Los cantantes son italianos, y una tal Persiani se disputaba la gloria con Tagliafico. Es difícil saber cuál es superior, ya que no es adecuado aplaudir después de cada aria como estamos acostumbrados nosotros. Acá nadie exterioriza sus emociones.

Durante el entreacto, nos hemos mezclado todos en el foyer. Una amplia sala rodeada de columnas y arcos que circundan un piso cuadrículado de mármol. Teníamos sobre nuestras cabezas decenas de lámparas duplicadas al infinito ante los límpidos espejos. Mi tío y la mayoría de nuestros compatriotas son muy bien considerados, se nos realza en todo instante y yo sentía el brazo dormido de tanto alargarlo a señores y señoras resplandecientes de hermosos atuendos. Uno debe inclinarse a cada momento y volver de inmediato a la posición erecta, tan firme como la de un soldado.

Gran expectación suscitó el novelista y poeta Victor Hugo, quien en compañía de un tal Nodier, fue llevado a través de ese recinto hasta la cámara del Rey. Es muy popular acá en París y me ha dicho mi tío que no sólo se dedica a la composición de libros, sino que además combina estas actividades imaginativas con otras más concretas, ya que es

miembro del Senado. Seguido de éste, la mujer de uno de los tenores se hizo presente también ante los reyes, sin que se le permitiera al cantante la misma gracia. Esto motivó comentarios, toda la culpa se la echaron a uno de los hijos del Rey, quien aparentemente hace ostentación de esta relación fortuita.

En este entreacto, nos encontrábamos esperando reingresar a la sala, cuando se abrió la puerta del palco real y madame Adelaida, y Luis Felipe de Orléans se presentaron entre el público. El Rey daba el brazo a la Reina, y el otro a la señora duquesa de Montpensier, que es hermosísima, tocada de diamantes, deslizando sobre aquellas baldosas su majestuoso porte.

Inmediatamente se sumaron al grupo M. de Joinville, tres otros príncipes y M. de Montpensier que se distinguía del resto porque llevaba sobre el pecho el toisón de oro.

De pronto el Rey se desentendió de todo el conjunto y se afanó en dejar en su lugar los dedos de uno de sus guantes, que, al parecer, estaban en desorden. Me dio la impresión de que olvida de momento la función en que lo ha puesto el destino. Es meticuloso en cualquier detalle, y los cuida en medio de cualquier circunstancia. Una vez que todos los dedos de cabritilla estuvieron esperando los suyos, se relajó, y la sonrisa volvió a encender ese rostro un tanto descolorido, como aquellos muros que se resistían a servir de marco a esta farándula.

De estas cavilaciones un tanto partidistas me sacó la voz de mi tío, quien me susurró apremiante: «¡Inclínate, Francisco, estás delante de su majestad el Rey!». Yo, sin constatar siquiera el mandato, me incliné respetuoso lo mejor que pude. Al incorporarme, tenía a Luis Felipe de Orléans a cortos centímetros:

—Señor, lo veo a usted con gusto. ¿Qué piensa usted de todo esto? — me preguntó.

—Es magnífico, sire — respondí, pero mis palabras no le alcanzaron, porque ya estaba frente a otros invitados, repitiendo una frase si no idéntica, al menos muy parecida.

Y eso ha sido todo, Leticia, humo, fugacidad, ilusión de esta vida. Cuando apoyé la mano en la baranda desvencijada que conduce hasta mi cuarto, la miré sorprendido, era la misma que por unos breves segundos había tenido entre sus dedos, la frágil, resguardada, regia diestra de un monarca.

Antes de quitarme estas ropas, he querido sentarme al escritorio y untar la pluma. No debo olvidar ningún detalle. Así mañana amanecerá

cerá sobre este pupitre toda esta velada del teatro de las Tullerías, que tuvo lugar aquí en París, el 5 de mayo de 1847.

Busco el sueño, único medio que tengo para tenerte conmigo. Te amo.

11.

Dulce mía: me hallo desanimado a tal punto que he permanecido días enteros en cama, lo que un joven, pero sobre todo un caballero, no debe hacer.

Las tramitaciones a que en la legación me someten, tanto mi tío como el resto de aquellos señores, han terminado por convencerme de que la acción se me niega en el presente, y que sólo ésta me es dada por medio de los recuerdos, salpicadas estampas que acuden a mi mente, cuando aquí de espaldas en mi lecho, clavo la vista sobre el dosel que sostienen estos cuatro pilares salomónicos.

Si vieras cómo aumenta mi soledad en la medida en que me integro a esta comunidad nueva y es sólo la luz la compañera más asidua de este cuarto, ella irrumpe, inunda y se escurre, una visita silenciosa, que cuando se inicia me comunica una felicidad indecible, despojándose durante la jornada de este entusiasmo para volverla pura pena y melancolía, al huir de aquí, borroneando el contorno de las cosas, alterando la proporción de los entornos, situándose finalmente en el espacio de la ventana, la que se desciende de súbito, para convertirse en un tapiz de estrellas.

Y en tanto esta amiga teje y desteje con su impalpable urdimbre los llenos de esta caja en que permanezco, mi mirada se pierde en el diseño de rememoranzas, reales y otras más fantasiosas que se agolpan en mi conciencia. Y vuelvo a surcar los mares, los del sur primero, que me arrancaron de mi tierra para remontarme hasta el istmo de Panamá. No he podido olvidar cuando la *Cleo*, aprovechando soplos favorables, dejaba Valparaíso, y yo me volvía inmóvil, no despegando mi vista de aquellos cerros de dorados cantos que se desdibujaban no tanto por la distancia, sino por la distorsión a que los sometía mi llanto.

Leticia, me he vuelto tan llorón, desde ese día en adelante. No sabes tú la congoja que estrechó mi pecho cuando me alejé del puerto. Ahí supe lo mucho que amaba a esa tierra, el diseño precario de esa rada, la cantidad de mástiles que íbamos atravesando, y aquellos cami-

nos aún mal trazados en el polvo de esos cerros, el entarimado, los edificios de la aduana, la Matriz, siempre amenazada por las olas hasta sus escalas, y la casa del almirante, que se divisa hacia el final.

Luego viene la consabida prueba a que nos somete el mar frente a Antofagasta, un remolino inmenso que intenta hacer zozobrar a cualquier navío que se le atravesase; el nuestro no escapó al aprieto, y nos bamboleamos de babor a estribor, de proa a popa, sus buenas horas. Lejos saltaron los toneles y las vituallas; una de las velas arremangadas se soltó, y con aquella especie de estandarte sin control, estuvimos a punto de hundirnos. De allí, una vez fuera del círculo infernal, todo se volvió manso y más regular, a tal punto que no sin vergüenza debo confesarte que el miserable puerto de Paita no sé dónde ubicarlo, si antes o después del Callao; tan a gusto nos hallábamos alejados completamente del temor a la catástrofe.

En el mencionado puerto de Paita, la noche vuelve una verdadera esmeralda esas azules aguas, y la profundidad queda expuesta como de día: la luna penetra esas distancias líquidas y revela toda aquella fauna y flora, vida en otro tiempo que el nuestro, que allí abajo se desplaza silenciosa, con leyes de convivencia feroz para quien no las respeta o transgrede. Eso se nota en la rapidez y la voracidad con que aquellos peces y plantas se atacan y defienden, extendiendo tentáculos o desparramando líquidos que por momentos borran zonas enteras... y cuando llevas horas de bruces indagando la aventura de esas honduras, sigilosamente se acercan al barco frágiles embarcaciones de indígenas costeros, tan delicadas, en aguas tan transparentes, que más que navegar parece que vuelan. Y es entonces que comienza todo aquel contrabando a escondidas, asaz penando en nuestros días.

A los capitanes extranjeros que surcan esas latitudes les importa un bledo estas prohibiciones locales, y hasta hacen ostentación de aquel intercambio insano que rompe todo tipo de surgimiento para nosotros.

A altas horas de la madrugada, el barco simula uno de esos buques fantasmas de las leyendas, ya que su cubierta se repleta de gente sigilosa que comercia a hurtadillas. Saben, tal cual aparecen, escurrirse de golpe, y esto es lo que impresiona. En un momento no cabe un alfiler, de tanto que todo lo repletan, cierras los ojos y al abrirlos se los ha tragado el mar, ni la presencia de los faluchos se encuentra.

Mi estada en Lima la reservo para narrártela con más tranquilidad que la que impone una carta. Ya sabes, Leticia mía, lo tanto que amo a esa ciudad de historia y hermosura. Esta vez mi misión me impi-

dió entregarme sólo a la contemplación de sus palacios y templos. El maestro Monvoisin, que está lleno de trabajo, rodeado de ayudantes y aprendices, me retuvo casi todo el tiempo. Antes no me había referido a estos detalles de mi viaje, en parte porque comencé a escribirte en cuanto llegué a París, y como esta ciudad me impresionó tanto, me referí sólo a ella, dejando para más adelante los avatares de Lima y los demás pueblos costeros. En parte también porque todo lo que concierne a mi relación con el pintor R. de Monvoisin he querido guardarlo en reserva, puesto que no deja de ser complejo ese encargo. No olvides, Leticia, que en este asunto está involucrado el Ministerio de Relaciones Exteriores, sobre todo don Luis, que tanto esmero ha puesto en lo concerniente a las artes. Desde luego se ha complicado mi intervención en todo esto, porque el maestro tuvo que dejar nuestra patria para pasar a Perú, en donde cumple compromisos. Esta ausencia no será definitiva, Monvoisin tiene forzosamente que retomar a Chile no sólo por lo de la escuela y el taller, sino también debido a unas tierras que pretende adquirir en el valle central. Antes de su regreso, tiene proyectado venir a reunirse con nosotros acá en Francia, amén de tomar contacto con parte de sus familiares, que no han querido compartir su estancia en América.

En fin, Leticia mía, así retrocedo en mi cronología de viaje, divago, sueño, recuerdo, porque por vez primera, la vida me impide continuar con el entusiasmo con que inicié mi *séjour*, como aquí se dice; tal vez esté contagiado de la enfermedad conocida como *le mal du pays*. Qué mejor que convalecer retrocediendo, es como intentar llegar aquí de nuevo, quizás con más cautela y tino que la primera vez, que de una altura desmesurada de euforia, resbalé por la pendiente hasta el feo estado del desgano y el tedio.

El gato de madame Benoir aparece de pronto en el recodo de la mansarda, y distrae mi escrito. Yo lo he bautizado como Olimpio, la verdad es que nunca he puesto atención al nombre en francés que tiene. Es plomo y blanco, con ojos muy verdes, los que casi nunca muestra. Como los búhos, rechaza la luz diurna.

Es mi compañero inseparable desde que le acarreo trozos de galletas y otros restos que envuelvo en los restaurantes. Debe preguntarse la *madame* por qué su micifuz no duerme de continuo con ella. No creo que sospeche de mí, porque el recorrido desde el primer piso hasta acá arriba lo emprende no por la escala, sino por el vecindario, para atravesar los tejados y asomarse contra el vidrio, desde donde exige ser admitido.

No creas que en cuanto le abro brinca hacia el interior, la mayoría de las veces que lo hago permanece impávido, girando incluso la cabeza en dirección opuesta al cuarto. Es cuando debo tomarlo en vilo e introducirlo hasta mi cama, de la que con gran propiedad toma posesión, enrollándose a los pies, impidiéndome muchas veces moverme con libertad. Pero me enterece tanto su carácter indiferente y hosco, que le he tomado un gran afecto, y le permito me arrebate la mitad del lecho.

Lo molesto es que no soporta lo largo de la noche, y antes del amanecer, exige le abra nuevamente la mansarda; frente a ésta maúlla fuerte y reclama esa libertad, la que finalmente concedo, jurándome no conmovirme nunca más y no dejarlo entrar la próxima vez que plañideramente me lo pida. Todo el tiempo lo ocupa en el sueño y el asco. Con qué meticulosidad cuida su prestancia, jamás obedece a mis requerimientos, el afecto sólo él lo administra. Es cuando de improviso salta sobre mi pecho, se tiende en él y ronronea.

Cuántos sinsabores nos ahorraríamos si aprendiéramos esta manera de sobrevivir, jamás obligándonos a nada sino cuando realmente lo sintiéramos. ¡Hasta seríamos más limpios!

Leticia, no vayas a creer que hago alusión a nuestro enlace; muy por el contrario, cuando analizo lo del gato, pienso en otros aspectos de las relaciones humanas: la amistad, la política, a esos compromisos me refiero, los que excusando el amor, deberíamos manejar con la sagacidad del felino.

Tan accidentada que resulta esta carta, primero por mis melindres, luego asediado por hechos ya pasados y finalmente por Olimpio, el que exige dedicación exclusiva, cuando recorta su silueta contra la ventana. Ha trepado a la cama, y estirándose a todo lo ancho, se ha quedado inmóvil como muerto.

Para terminar mi interrumpida navegación por el Pacífico, falta la parte del istmo de Panamá, tan costoso de atravesar todo ese recorrido a lomo de mula por la jungla, desafiando cuanta alimaña te imagines, abriéndonos paso a golpes de machete la mayoría de las veces, porque la selva restaura en menos que canta un gallo cualquier avería que le hagas para despejar la ruta.

Si en estos tiempos nuestros este tránsito se nos hace dificultoso, me puse a meditar cómo habrá sido para los conquistadores españoles, que lo emprendían por primera vez. Aquel Balboa, hombre al que admiro sin reservas. Viene a mi mente el cuadro completo: lo veo

habitando su redondel de tierra, allá en Santa María la Antigua, en el Darién, con sus casas gachas de totora, los indios domeñados de los alrededores y un puñado de descalificados colonos. Aquello antes de la llegada de *Pedrarias* Dávila, el malvado gobernador que a la postre le envió asesinar. ¿Sabías, Leticia, que *Pedrarias* tenía un pasado harto pintoresco? Atacado de una enfermedad misteriosa, lo dieron por muerto, enterrándolo vivo. Sólo sus alarmados gritos desde el fondo de la cripta le salvaron de la muerte definitiva. Se decía de él que había conocido el infierno.

A este sujeto debió solicitar permiso Balboa para cruzar el istmo. Me los figuro macheteando la selva pútrida de pantanos y temperaturas horribles, ceñidos por calor con petos y cascos de género, acarreamdo las piezas desarmadas de sus rudimentarios barquichuelos.

Una vez que salen a la claridad, Balboa se adelanta espada en mano, se asoma desde la gigantesca duna sobre el océano innominado, y gritando de euforia se deja caer a la carrera, tropezando, dando vueltas de campana, hasta llegar a la orilla del mar, y en aquel ruedo de espuma, agitado por las gigantes olas, blande la espada, bendiciendo toda esa enorme cantidad de agua para los reyes de España.

¡Qué emoción, Leticia, no sospechas cómo es todo allí en esas latitudes, de extremo y peregrino! En uno de esos recorridos, rodearon al descubridor del Pacífico y por la espalda le dieron, como a César: «¡Traición no!», exclamó Reno de orgullo, y se desplomó entre los dos grandes océanos.

Cuando uno recuerda esa epopeya, nuestro doméstico viaje nos parece una muy mediocre réplica.

Al mirar estas carillas, las que suman bastantes, constato que me queda tan sólo media página de la última. La llenaría de caricias, y es mucho más lo que mereces. Imitaré a Olimpio, aparentaré indiferencia, completándotela con mi relato, lo hago por tu interés, me parece no tengo derecho a dejarte a medio camino.

Lo que resta, vida mía, es el tramo desde allí hasta Burdeos. Esta vez la navegación fue normal, con unos quince días en que la falta de viento nos dejó estacionados en aquella zona que llaman Mar de los Sargazos, entorpecimiento que parece infranqueable, pero que el retorno del soplo soluciona sobremanera, y que a la postre no representa ningún riesgo para la travesía. Remontamos finalmente el Gerona, y desde Burdeos tomé la diligencia pesada y fatigosa que me condujo al lugar desde el que te escribo. Pude demorar unos días en Burdeos, en

casa de un compañero de viaje que vivía en Arcachon, pero desistí de tan gentil ofrecimiento, aduciendo que debía presentarme en París hacía ya tiempo.

Al releer esta carta, cosa que no debiera hacerse nunca, ya que entran deseos de no enviarla por tanta imperfección; advierto que te he narrado la odisea de Balboa omitiendo tantas cosas, entre otras que con Pedrarias venía a Santa María la Antigua el mismo Almagro, nuestro descubridor de Chile, personaje también de mi predilección, en contraposición a Valdivia, a quien tantos méritos de sobra le ha otorgado la historia en desmedro del primero. Que junto a ellos estaba Pizarro, y que Balboa tenía un perro rojo como el fuego.

Ya te he divertido en demasía, hablarte de cosas pasadas me reconforta, pienso saltar de esta cama e ir a depositar la carta esta misma noche.

Con ella en la mano restablezco el nexo que me devuelve la vida. Te amo apasionadamente, te adoro y respeto. ¡Vuelo!

12.

Leticia, mi querida Leticia, estos últimos días fueron de gran agitación en la legación chilena. Las cosas han cambiado para nuestros compatriotas. Bien lejos les parecen a estos señores los años de Carlos X, Polignac y los desórdenes de julio, tiempos en los que el gobierno de Chile comenzaba recién a cimentar las bases de su política en el exterior. Hoy, durante este reinado democrático, se han afianzado nuestras instituciones y la casa diplomática funciona más acorde con las tradicionales de los demás países de Europa.

También los problemas que debe resolver son más agudos que en ese entonces, tanto los económicos como los sociales. Un gran número de chilenos acude a este país tras no sé qué embrujo, y muchas veces deben soportar bastantes humillaciones y adversidades. Se instalan en los hoteles durante largas temporadas, chapurrean un francés horrible, *petit negre*, como lo califican aquí, e intentan ser admitidos en esta sociedad que amén de exclusiva, es sumamente quisquillosa e intolerante.

Ayer, sin ir más lejos, una señora de éstas de quien prefiero omitir el nombre, me hablaba de sus desventuras en el vestíbulo de la legación, en tanto yo aguardaba a mi tío Mauricio.

La astuta mujer se hospeda en un hotel de la calle Lafitte, con su marido, un hombre rico, a quien gobierna, y sus tres hijas, todas mayores. Esto sin contar la servidumbre, que, desde luego, es chilena.

Llena de ademanes aprendidos y afectados, se daba ínfulas ante mí y el ordenanza, que no le prestaba mayor atención. No es que yo menosprecie a mis compatriotas, ya que los hay muy distinguidos y puestos en su lugar, pero estos arribistas son dignos de la crítica a que ellos mismos se exponen.

La dama tenía un modo bastante arcaico, por decir lo menos, de tomar asiento, usando el abanico con un desorden y falta de compás que verdaderamente impactaba:

— Si el señor ministro supiera quién es la que espera... yo le aseguro que esa puerta se abriría en un santiamén — exclamó, y luego, mientras continuaba el monólogo, se torció enteramente en el silloncito, para hurguetearse algo en el refajo, obligándonos a continuar escuchándola con la vista baja.

— Porque no me discutiré usted que... — y luego interrumpió para espetarme, mirándome fijo a los ojos:

— Joven, ¿es usted chancho que da manteca? — frase que coincidió con la sonajera de las hojas de la puerta, indicando que podía pasar a la oficina de mi tío.

Recogió un montón de adminículos, un bolso de diseño estridente, una sombrilla que le hacía juego, los guantes, y restregándose la manga con disimulo por las narices, sin despedirse, ignorándonos completamente ingresó al gabinete.

Esta dama, según supe, tiene problemas con la dueña del hotel donde se hospeda, ya que le ha dado por cambiar los muebles originales de las piezas y la suite que ocupan, por otros propios. Es tanto su dinero que desea instalarse de por vida en ese lugar de paso, y esto le ha traído una discusión con la hotelera, que ha terminado en los tribunales.

Al parecer, no le ha ido como ella deseaba, ya que los gritos de mi tío y los de la fulana configuraban un dúo de verdad espectacular. Al fin, ella salió dando un portazo horrible, al momento que exclamaba: *Je me «marche»*... que en francés no significa nada. Es común oírle decir «*moi también*», «*moi también*», lo que tampoco es correcto. Cuando atravesó el vestíbulo me dio sus señas, y para ser más gráfica, exclamó: «*Sous la pendue*», en vez de «*sous la pendule*», o sea «bajo la ahorcada», queriendo decir el reloj de pared, que existe adosado al frontis de su hotel.

—Usted debería acompañarme hasta la calle, — exclamó, clavándome los mismos ojos con que me había mirado minutos antes. Aun cuando estaba apurado, la tomé cuidadoso de un brazo y la conduje afuera.

Allí detuvo un coche de alquiler y trepó. Aliviado, lo vi alejarse, pero no bien había rodado unos metros, éste se detuvo. Acudí entonces a investigar la causa. Fue el cochero quien desde el pescante me gritó molesto: «¿Qué dice ésta? ¡Yo no le entiendo nada!».

Varios años lleva esta dama en París, pero a mi entender su oído, el que ha sido dócil a las perlas grandes y vistosas, no lo ha sido igualmente con esta lengua latina, prima hermana de la nuestra. He conocido muchos más especímenes de este cardumen, al menos esta señora parece inofensiva, porque en el fondo toda su extravagancia se resume en las frases que reproduce a cada instante: «¡París, París! ¡Oh, *le coins* de París! o, ¿y qué me dicen ustedes de los vitrales de la *chancha pel*»? En ciertos círculos, cuando la reciben, lo hacen por diversión. Me contaba mi tío que en una recepción donde madame de..., una benefactora muy influyente, asidua de la corte, mujer de gran intelecto que ha dirigido en el pasado incluso un salón literario, nuestra compatriota, al momento de retirarse hizo gran aspaviento por dirigirse a la puerta, abriendo ella por su cuenta la de uno de los dormitorios de la casa, equivocación que obligó a incorporarse a la madre de *madame*, quien en ese momento se encontraba bastante resentida de salud.

Para remediar tal torpeza, nuestra amiga dio mil disculpas a la dueña de casa, en tanto forcejeaba otra manija, esta vez la de la sala de baño, en donde *monsieur*, completamente desnudo, se disponía a ingresar en la tina.

Le ha costado aprender que debe dejarse conducir hasta la puerta de entrada de las casas, y no acceder a ellas por las de servicio, como también es su costumbre. Difícil le resulta superar su afán dádivo de dejar regalos insólitos a los que cree sus amigos, en la portería. Encontró que era original repartir una imagen piadosa de la «Virgen que llora», de un feo material y con los detalles pintados. Por esta manía se la llamó jocosamente «la vieja dama de la caridad», apelativo sarcástico que aquí en París es signo de mediocridad. De más está decirte, Leticia, la sonajera que emite al ingerir la sopa, y cómo se suelta las ligas en la mesa. Estos pormenores sacan de quicio a mi tío, y a los señores de la legación, cuando están obligados por las circunstancias a compartir un compromiso con ella. Así son estos nuevos ricos, que

sueñan con echar a correr sus coches por los bulevares, y sin darse cuenta van envejeciendo en sitios y circunstancias a donde nunca fueron invitados.

Muy luego, Leticia mía, te tendré al corriente del comienzo de mis trajines, puesto que ya creo llegado el momento de emprenderlos. Espero te hayas divertido con esta carta un tanto frívola y virulenta.

Que si por ella me juzgas, hazlo lo más distante de tu corazón que puedas, mira que el mío, a pesar de la inmensa distancia, sabría inmediatamente que lo has puesto en duda, motivo de sobra para que deje de palpar. Un abrazo emocionado, tuyo. Vale.

13.

Leticia, mi amor, hoy que me proponía dejarlo exclusivamente para componerte una carta ordenada y larga como tantas veces me pides, tampoco podrá ésta distinguirse de las anteriores. Los avatares de mi estada me alteran el sueño y el ánimo, y prefiero cumplir de esta manera que esperar una ocasión propicia para escribirte mejor y así dejar pasar mucho tiempo.

Esta semana ha estado señalada por el alboroto que se advierte en la legación diplomática. Los diarios, de los que nadie pone en duda su intención y verosimilitud, alteran el buen juicio de mi tío, del general Borgoño y el resto de los secretarios. Mucho se discute la función de los generales Gérard y Sault, y de la gestión, al parecer equívoca, de Thiers y Odilon Barrot. Poco entiendo yo de estas prolongadas controversias de pasillo. Cuando mi tío, con gesto preocupado, me alcanza *El Nacional* para que yo lea un determinado artículo, mi vista se va directamente a ese asunto de las caricaturas de este «rey ciudadano» como aquí lo llaman. Esas peras con facciones y patillas, las que visten con la ceñida levita y el sombrero de copa, amén de un ridículo paraguas. Siempre lo dibujan con cara sonriente y expresión ingenua, aunque el tenor de los artículos sea preocupante. Mas hoy hasta las caricaturas han variado de aspecto. Son ahora unas peras secas, viejas y arrugadas, llenas de lágrimas y amargura.

Estos alegatos referentes a la situación que tal vez en un día no muy lejano se presente dificultosa, tiene preocupado al cuerpo diplomático acreditado, y mi misión pasa inadvertida. He sido yo esta vez

quien puso sobre aviso a mi tío, llamándolo de otro modo, oficialmente al orden si así se puede decir.

— Señor embajador, — argumenté —, hace más de un mes que me siento ante este escritorio y aún no tengo la oportunidad de explicar a usted la razón por la que me encuentro aquí.

Estas fueron, Leticia, mis palabras textuales, me miró por encima de unos cristales que utiliza para leer de cerca, y sin responderme una sola palabra, extrajo del cajón una carpeta prolijamente encintada de rojo, azul y blanco.

— Señor Chabry — me respondió a su vez, abriendo aquel cartapacio —, para su conocimiento y tranquilidad dos semanas antes de que usted arribara a esta ciudad, yo ya tenía en mi poder, por vía de valija diplomática, las instrucciones precisas de su misión. Así es que veamos.

Palidecí de impresión, pero me sentí feliz. Se me iba a prestar la atención debida.

— En esta carta fechada a principios de año, se me comunica que usted será portador de un valioso embalaje de las más variadas copias de esculturas en yeso, y réplicas de grabados, cuadros, implementos de trabajo para talleres, materiales, libros, textos de estudio; en fin, una variedad bastante grande de necesidades para la nueva academia de Bellas Artes, que según entiendo da sus primeros pasos en Santiago. Pues bien, también se me informa que no remitamos estos encargos a Chile hasta que el maestro Monvoisin los acepte y corrija. Como el pintor ni siquiera aún ha salido de Lima, consideré prematuro recordarle a usted que empezara a satisfacer estas obligaciones. Pero al notar la vehemencia con que asiduamente me visita, he resuelto poner manos a la obra. Oficialmente, señor Chabry, le ordeno a usted que desde mañana comience a visitar los lugares, ya sea tiendas o *ateliers* de artistas que podrán orientarlo en tal sentido. Aquí tiene un pagaré en blanco, que usted llenará según estos gastos. El gobierno en ello ha sido bien claro: no le impone a usted restricción alguna, conociendo su alto sentido de responsabilidad y la absoluta honradez en su proceder. Saben las autoridades que pondrá el mejor empeño y tino en ajustarse a la realidad del país y a la del establecimiento que se inicia.

Y con estas palabras me entregó el dinero y las listas de artículos que yo debía adquirir, embalar y hacer llegar a la legación para que les diera visto bueno el maestro.

Al salir apreté contra el pecho estos documentos. No sabes, amor mío, lo ansioso que me sentía por iniciar mis trámites.

Sin pensarlo siquiera me dirigí a mi hotel con la intención de desglosar las listas y ordenar por rubros los pedidos. Tomé un coche Simón e indiqué el trayecto. De pronto al llegar a la Concordia, un espectáculo inesperado nos hizo detener en un principio la marcha y luego acelerarla otra vez lo más que le dio el tranco al viejo jamelgo.

Unos individuos notoriamente enfurecidos y fuera de sí, habían volcado y prendido fuego a una de las carrozas reales, produciendo estupor no sólo en la muchedumbre que se agolpaba, sino en los caballos que encabritados corrían, como el lacayo vestido de rojo, por los jardines de las Tullerías. Aquella pira despedía una gruesa humareda pesada y gris, la que de momento envolvía y hacía desaparecer a los revoltosos; me hizo recordar el asunto de los diarios, artículos que mi tío me había dado a leer no hacía mucho. No me atrevía a indagar si aquel vehículo transitaba desocupado o en él iba algún dignatario. Aquel lacayo que se internaba entre los árboles era el único que de ello nos podía informar. Preguntarle resultaba imposible a un hombre que tanta gente perseguía para asesinar.

Un presagio adverso me inundó, presentí malos tiempos quizás para «el rey ciudadano», ojalá yerre en ello. No puede a Francia ocurrirle siempre lo mismo, otra vez barricadas como las que en 1830 llevaron a Carlos X de Saint Cloud a Escocia. No podía acontecer nuevamente. Las cosas no se repiten tan fácilmente, ya verás, vida mía, que este Orléans ha de morir en el trono como es de esperar.

Así la imagen del carruaje volteado envuelto en llamaradas no sólo se fue desfigurando en la distancia física, sino en mi recuerdo.

Mas he aquí, Leticia, que otra sorpresa me aguardaba al llegar al hotel. Este día estuvo marcado con puros hechos relevantes. A que no te imaginas quién pacientemente aguardaba sentada a los escalones de la puerta. Nada menos que la prima Arlette, la pequeña jovencita surcada de pecas y con el pelo tan en llamas como las del atentado de las Tullerías.

En un principio me dieron ganas de ordenar al cochero que siguiera de largo frente a mi puerta, pero no teniendo sentido tal estrategia, descendí y me acerqué a la joven. En cuanto me vio se abalanzó rodeándome con sus brazos, adherida a mi pecho con una vehemencia tremenda. Su cabeza hundida en mi chaleco no quería retomar de allí, ahogada por un llanto conmovedor del que no pudo reaccionar. Extraje mi immaculado pañuelo y con él intenté acallar esos sollozos que me partían el alma.

Como no emitía palabra, me vi en la obligación de hacerla caminar, conduciéndola a través del puente hasta el Teatro Francés para buscar un café que existe a un costado del Palacio Real, o de los Orléans como aún se llama. Sentada frente a una mesa, cuya cubierta cuadrícula un alegre mantel, me miró con tanta devoción que me hizo sonrojar. Afortunadamente no había otros parroquianos en el lugar. Ordené dos confituras de fresa y crema, o *gateaux* como los llaman aquí. Recién entonces me narró abiertamente sus propósitos, sus inauditas razones para encontrarse a mi puerta en pleno día.

Rubor me asedia el mancillar las intenciones de Arlette. En verdad, amor de mi vida, me resulta en mi condición varonil hartamente engorroso transcribir este asunto. Pero en el convencimiento y la obligación que nuestro amor nos demanda, nada creo debo obviar ni disimular por embarazoso que ello sea. Dejando de lado mi vanidad, que como todas es inevitable en estos casos, créeme que esta historia no suscitó esta mala hierba. ¡Al grano, Chabry! Arlette huyó de su casa movida por amor hacia mí, dejó en Saint' Ange una carta explicativa y a pie ha hecho el trayecto para confesarme tal equivocación. ¡Te puedes imaginar qué incauta! ¡La insensatez qué contornos puede alcanzar! Al oír su confesión, aparté la silla con violencia e inmediatamente me puse a la tarea de reintegrar a aquella muchacha a su lugar de origen. Pero no fue tan fácil como te imaginas. No se me apartaba ni un instante como dispuesta a todo. Había en sus ojos una expresión inalterable, cual ficha jugada, página escrita, música ejecutada. Quiero explicarte que intentar persuadirla de un retroceso era inconcebible.

En lugar de provocar en mí ternura o emoción, despertó un sentimiento horrendo de rencor tan violento y peligroso, que hube de dominarme para no faltar a la cordura.

El día terminaba, los faroles agravaban la situación, ¿dónde acudir? Regresar a Saint' Ange a esas horas resultaba imposible. Mi tío Mauricio no habría comprendido nada, sobre todo que no hacía ni doce horas que me había otorgado aquel montón de dinero para los encargos de la academia. Me dio por pensar que relacionaría ambas cosas. Amigos en quien confiar no tenía, fueron así descartadas todas las posibilidades aquí expuestas, no quedándome más alternativa que intentar llevarla a casa. ¿Y madame Benoir?, me dije, siempre atenta «al faro» de la entrada. Le expliqué a Arlette que aquella noche pernoctaría en mi cuarto, pero para ello era necesario distraer la vigilancia de la portera. Convinimos que se pusiera mi levita, que le quedó inmensa. Casi

arrastraba los faldones por la vereda. Mi sombrero en cambio, gracias a su abundante cabellera, se sostuvo como es debido. Así, convertida en un camarada pasó frente al ventanuco adversario. Si el disfraz no era del todo convincente, rectificaron sus errores y carencias los temidos y despiadados ojillos de madame Benoir que esta vez, como sucedía de continuo, estaban suavizados, alegres, condescendientes, chispeantes y fuera de su eje. Una vez en el dormitorio, como te imaginarás, amor mío, la situación me fue altamente incómoda; alojar en aquellas circunstancias no se lo doy a cualquiera.

Sobre todo tratándose de un forastero como yo y de una muchacha de provincia. Imagínate cómo complotaban contra esa escena todos nuestros principios, amén de estrictos y severos, sumados los unos con los otros, volviendo la atmósfera de ese recinto irrespirable.

Le ofrecí gentilmente la butaca de lectura que se ubica junto al lavabo, y allí arrebujada en mi capa,ladeó la cabeza en dirección opuesta al lecho y permaneció como una estatua, traicionada esa postura hierática por repentinas lágrimas que de súbito arribaban a sus ojos.

El problema fui yo, no atreviéndome a disponer del lecho, opté por sentarme al escritorio y hundir la cabeza entre los brazos, intentando el sueño como un escolar de la última fila. Como supondrás, Leticia, el sueño no fue la tónica de esa noche, y yo no hacía otra cosa que erguirme a cada instante y vigilar a Arlette, quien despierta con esos ojos que miraban en otro tiempo, tampoco dormía. Fue entonces que me conmovió aquella niña. Sentí una gran tranquilidad al observarla, ya no estuve más posesionado por la ira que me asedió en el café del Palais Royal; ahora por el contrario, sentí una cierta emoción al presentir su renuncia, eso era lo que aquella postura, aquellos ademanes, esos ojos perdidos me transmitían. Sabía con certeza que al rayar el día no opondría ninguna resistencia y mansamente se dejaría conducir hasta su pueblo. No sé, me lo avisaba un hálito maravilloso que irradiaba su resignación. Y por qué no confesártelo, Leticia mía, me conmovió tanto su pérdida en pos de mi tranquilidad que si no hubieras estado tú en ese instante habitando mi corazón, me habría precipitado en sus brazos, acariciándola, impidiéndole volver. Nada hay que me enternezca tanto como una renuncia o un perdedor, malsana manía mía que en vez de treparme a la ilusión por la admiración, lo hago por el arrevesado sendero de la pena.

Como para coronar la difícil situación, Olimpio apareció de improviso maullando en el marco de la lucarna. Insistente, se sentó sobre

el latón y luego de repasar su pelaje minuciosamente, nos enfocó con sus ojos de lechuza, sorprendido más que nadie — y no era para menos —, al constatar el lecho vacío.

Me negué a abrirle, me pareció excesivo ofrendarle al felino mi cama, preferí que como nosotros dos se limitara a guardarle distancia.

Y así amanecieron esas sábanas estiradas, ni la más leve huella sobre los cobertores y almohadas.

14.

Vida mía, no has respondido mi última carta. Ya van a ser dos meses que te la envié. He ido a reclamar con el comprobante, pero me aseguran que el conducto no ha sufrido alteraciones. ¿Qué hay, Leticia? No quiero imaginarme nada adverso, es motivo del retardo quizás los malos vientos que han impedido al barco afrontar en forma el cabo o a la inversa, como de continuo acontece está por allí detenido, inmóvil sobre la plancha del océano, aguardando se levanten los céfiros y empujen nave y misiva hasta tus brazos.

Como imaginarás, Arlette al día siguiente se dejó conducir dócilmente hasta su domicilio y aquella historia tocó su fin.

Es el asunto del envío lo que me ocupa el tiempo. He debido visitar al menos una docena de talleres de pintores, grabadores y escultores. Todos ellos han sido bien gentiles conmigo. Ya estoy habituado a aquellos *ateliers* junto al Sena, sus vetustos muros, circundados de repisas con bustos, torsos, capiteles, vasos de yeso; al cañón negro de la salamandra buscando en el gran ventanal oblicuo su salida, a aquellos vidrios tamizados de polvo, a corta distancia de los que cuelga un gigantesco lienzo como vela de embarcación, arremolinando entre sus pliegues aquella iluminación pareja que acude del sur de la tierra. Esa luz de la que podría hablarte horas, la que viene sin sol, cautelosa, sigilosa, que incide sobre los objetos, destaca las figuras, permaneciendo intacta tan inmóvil como el modelo desnudo de proporciones regulares que en actitud significativa emula a los antiguos héroes y dioses. A veces le calzan un casco griego o una cimitarra berberisca. En ocasiones actúa más de uno, vestidos con trajes exóticos llenos de borlas y pasamanerías. Está de moda penetrar el pasado o el lejano Oriente con este tipo de ensueños.

Los alumnos rodean estos entarimados, algunos para la preci-

sión apoyan el antebrazo en firmes tientos para no desviar la línea que debe contornear con exactitud los escorzos y gestos. La sanguina y el *sfumatto* le dan a estas alegorías toda la ambientación requerida. Es fascinante esta verdadera industria de los cuadros y las esculturas. Tanto así que muchas veces me distraigo en demasía en estas sesiones de pintura.

Mi misión, en cambio, es dedicarme a la sección de vaciado y fundición. Es allí que emergen de los moldes las copias que debo adquirir: los Apolos arcaicos y los otros clásicos, la Diana cazadora, la Venus del baño y el Hermes, el Galo herido, los luchadores y los esclavos inconclusos de Miguel Ángel, la dama *inconue*, el discóbolo, balaustres y frontispicios góticos, románicos y renacentistas, tímpanos completos, capiteles corintios, jónicos y dóricos, figuras geométricas, esferas, pirámides, conos y cilindros, máscaras, cabezas, gárgolas, manos, pies, cuerpos desollados, esqueletos, mapas con nervios, láminas de plantas, todo el mundo vegetal conocido y el animal. Es como para reflexionar, Leticia, el recuento de todas estas piezas de reproducciones en materiales ligeros. Constató que en un punto el arte y la ciencia empalman. ¿No es lo que se advierte en los cartapacios de Leonardo? Una sublime disciplina de traducir en arte la naturaleza para indagar sin tergiversaciones, con sólo esta pregunta, su orden, su misterio.

Al embalar estas réplicas en sus cajas y envoltorios, siento que con mi misión yo también contribuyo a algo parecido. Llevar estas mascarillas del arte que aquí tienen su asiento al nuevo continente para que su contenido y su secreto...

NOTA

Hasta aquí se conoce este conjunto de cartas. La última de ellas aparece, como se ha visto, inconclusa. Su volumen fue remitido en una encomienda a París, un mes antes que Francisco Chabry abandonara Francia. Pero por motivos que desconocemos tanto las misivas como el joven se cruzaron sin que éstas llegaran a sus manos, razón por la que permanecieron en la Legación chilena nada menos que ciento veinte años. Nadie se explica cómo aconteció este fenómeno, algunos piensan que a la caída de Luis Felipe de Orleáns, los disturbios favorecieron el extravío, otros, a los continuos cambios a que se vio obligada la casa diplomática hasta ubicarse definitivamente en la calle de la Motte Piqué, en donde actualmente se encuentra.

El año 1962 con ocasión de cumplir una beca que el gobierno francés gentilmente me otorgara, tomé contacto con el primer secretario señor R.M.C. de nuestra embajada quien sospechando que aquel farrago de correspondencia tenía algo que ver conmigo, me las enseñó. Sorprendidos se mostraron no sólo el señor secretario, sino el mismo señor embajador cuando les demostré que se trataba de mi antepasado directo. Luego de consultas al Ministerio en Santiago y a la Biblioteca Nacional se vieron en la obligación de entregármelas.

Yo por mi parte me comprometí a publicarlas algún día. Aclarado el asunto de la permanencia y descubrimiento de las cartas, me asaltan dos incógnitas que me cuesta resolver y que quizás el lector más suspicaz que el descendiente pueda esclarecer. La primera es por qué Francisco Chabry jamás se refiere al contenido de las cartas respuestas a las suyas que constantemente se supone recibía de su amada; y la segunda, qué fue de aquel enlace sentimental o compromiso. ¿Volvió a ver a la tan ofuscada Leticia, víctima tal vez de los estrictos consejos de su padre? Lo que sí puedo asegurar es que Francisco Chabry no se casó con ninguna Leticia. Ese no era el nombre de mi lejana abuela. Una última duda me acecha, la más patética de todas: ¿existió realmente ella?

Cartagena, 1988.



Adolfo Couve

Narrativa Completa

Adolfo Couve va en camino hacia la leyenda. A su alrededor se tejen y desatan fantasías de muchos tipos. Su bella figura, solitaria, contradictoria, frágil, mil veces fotografiada en su antigua casa sobre el mar; su trágico final; la exposición retrospectiva de su pintura en el Museo de Bellas Artes, contribuyen a mantenerlo presente en un imaginario colectivo. Temo que la brocha gorda de ese imaginario —cada vez más gorda, cada vez más basta y más mediática— termine por arrasar del todo con los muchos matices de su obra, para dejar apenas un ícono del «consumo cultural», como pasa en estos días con Frida Kahlo o con Virginia Woolf.

Contra la ola irresistible del espectáculo, cabe tal vez el gesto de mostrar insistentemente el trabajo del artista: transformar al «público» de los medios masivos en «el lector» de las narraciones, en la mirada morosa que se detiene en los cuadros. Creo que eso se intentó con aquella retrospectiva, que se llamó *Adolfo Couve: una lección de pintura*. Y creo que eso es lo que se intenta en esta publicación, la de su narrativa completa, que recoge libros difíciles de encontrar y permite por primera vez una visión total de su trayectoria como narrador.

ADRIANA VALDÉS

